



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

Trabajo Integrador Final

“La expresión artística como reflejo del inconsciente: lo individual y colectivo en el proceso creativo”

Ensayo

Alumna: Martínez, Victoria

Legajo: M-5882/3

DNI: 41904260

Docente responsable: Ps. Gabriela Milatich

2024

Agradecimientos

A mi familia, particularmente a mi madre, María del Rosario, por ser una fuente de inspiración y transmitirme desde el inicio la trascendencia de esta maravillosa profesión. A mi padre, Diego, por ser espejo de valores imprescindibles como la persistencia, el esfuerzo y la dedicación.

A mi hermana Ana, por ser esencial en mi vida y constituir un apoyo excepcional.

A mi pareja, Chiara, por sostenerme y contenerme todos estos años, y por enseñarme el valor de la incondicionalidad.

Un especial agradecimiento a los grandes pilares que me regaló esta institución, Valentina Giuliani y Valentina Giusti, por acompañarnos en los momentos más desafiantes.

A todos mis amigos, que me empujaron a seguir con hermosas palabras de aliento y por alegrarse tanto como yo cuando cumplí cada objetivo.

A mi tutora, Gabriela Milatich, por despertar en mí un impulso de curiosidad y una sed de aprendizaje. Por acompañarme y enseñarme a lo largo de este proceso de escritura.

Agradezco también a la profesora Luisina Bourband, por comprometerse en la corrección de este trabajo. Y a todos los docentes y compañeros que aparecieron a lo largo de este recorrido facultativo, por servir de guía, ofreciendo sus conocimientos y escucha.

En último lugar, y el agradecimiento más importante, a este extraordinario establecimiento, la Facultad de Psicología, por abrazarme a lo largo de todos estos años y regalarme los mejores recuerdos. Gracias, Universidad pública, gratuita y de calidad. El logro siempre es colectivo.

Índice

Agradecimientos	2
Resumen/Palabras claves	4
Introducción	5
Primer apartado	7
Segundo apartado	10
Tercer apartado	14
Reflexiones finales	16
Referencias bibliográficas	17

Resumen

Desde tiempos inmemoriales, los seres humanos han estado intrínsecamente ligados a las expresiones artísticas. Desde las pinturas rupestres que coronaban las cavernas prehistóricas hasta los museos más codiciados de la sociedad actual: la humanidad ha sido moldeada por tales procesos creativos. De este modo, en este ensayo proponemos una teorización acerca de las expresiones artísticas en su carácter simbólico, teniendo en cuenta que son el reflejo de los profundos procesos del inconsciente, tanto personal como colectivo. En este sentido, reflexionaremos acerca de la relación establecida con la imagen

arquetípica y la manera en que se ubica al artista como educador de su época.

Palabras claves: expresividad artística, inconsciente, proceso, arquetipo, símbolo. 4

Introducción

Primeros brotes de creatividad

Para dar comienzo al presente escrito situaremos la expresividad artística como camino de observación al inconsciente individual y colectivo, a saber, que se sostiene que la obra de arte se plasma como una imagen interna portadora de símbolo y apoyada en la imagen arquetipal. En lo que a ello respecta, se busca profundizar en el arquetipo como potencial que viene a ser llenado a partir de la plasmación artística, buscando integrar al símbolo en ella.

Jung (1994) en *Arquetipos e inconsciente colectivo* plantea la necesidad de hablar

de imagen como una imagen interna que remite necesariamente a lo arquetipal:

“Imagen” no sólo expresa la forma de la actividad que ha de ejercerse sino también la situación típica en la cual la actividad se desencadena. Esas imágenes son “imágenes primordiales” en tanto son directamente propias del género o, si son resultado de un proceso de formación, ese proceso coincide por lo menos con el origen de la especie. Es la humanidad del hombre, la forma específicamente humana de sus actividades. (Jung, p.72 , 1994).

En consonancia con ello, si hablamos de imagen arquetipal nos remitimos al inconsciente colectivo, ya que es una experiencia común a todas las personas, es decir, es de naturaleza universal.

La idea de Jung de conceptualizar al inconsciente no sólo como individual sino también como colectivo aportará un concepto valioso, ya que se le otorgará el carácter arcaico-mitológico que lo distingue. Esto no refiere a que el inconsciente no sea exclusivamente personal, sino que este último se apoya sobre otro estrato aún más profundo: el inconsciente colectivo se presenta como “un fundamento anímico de naturaleza suprapersonal existente en todo hombre” (Jung, p.10, 1994).

De esta manera, comprendemos que los arquetipos no se encuentran previamente determinados en cuanto a su contenido, ni son limitados por su manifestación cultural. Es decir, no son una mera representación. Por lo contrario, el arquetipo es, justamente, una posibilidad que emerge a priori de la forma de la representación; ya que no es la representación lo que funciona como herencia, sino la información que ésta mantiene. En todo caso, será la imaginación activa –método específico formulado por Jung, cuyo objeto de estudio es complejo– la que nos ayudará a abrir este diálogo fundamental con la información que de allí proviene.

Asimismo, una de las formas más antiguas que nos es de gran contribución para la comprensión y revalorización de los escritos de Carl Jung, es la expresividad artística. Si hemos de comprender los símbolos que en cada una de ellas se encuentran, no sólo hemos de remitirnos a la historia propia del individuo, sino, además, a la historia de su sistema familiar, de la sociedad e, incluso, de toda la psique humana; puesto que la psique es una memoria colectiva que deja huella en todo el inconsciente colectivo. En otras palabras, Jung (1995) afirma que las imágenes arquetípicas nos ofrecen el regalo de recibir la común herencia psicológica de la humanidad, no entonces como representación, sino como posibilidad de tal.

Estos símbolos son tan antiguos y tan profundos que inclusive hoy día se manifiestan obras con la misma influencia que hace miles de años atrás. Un individuo, por más que crea que está inventando de la nada, puede encontrarse coaccionado en su proceso creativo. El ser humano se encuentra incluido en una serie de designaciones arquetípicas provenientes del inconsciente que lo llevan a inspirarse, creyendo que esta inspiración proviene de una idea puramente personal, cuando en realidad es el resultado del pensamiento fantaseador que establece una conexión con los estratos más antiguos del espíritu humano, sepultados bajo el umbral de la conciencia (Jung, 1982a).

El arte en su función simbólica nos invita a revelar las imágenes e ideas que suscitan en lo inconsciente, que nos ofrecen lo que lleva el nombre de forma arquetípica.

5

Esta forma es colmada desde la conciencia con un material representativo, tornándose así perceptible, por lo que estarían determinadas individualmente, por el lugar y el momento en que esa persona se encuentre.

En consecuencia, nos resulta llamativo reflexionar en torno a cómo el arte surge en una cultura determinada, en un tiempo y espacio particular que pertenece a una realidad social; sin embargo, el arte está también sometido a una fuerza individual que

transmite un mensaje personal de profundo ímpetu emocional. Por ello, nos adentraremos brevemente en lo que denominamos proceso de individuación, que describe la evolución del ser humano en busca de convertirse en lo que realmente Es, un ser existencial y pleno, en relación con su mundo interno y externo. Nos interrogamos, además, cómo transita el individuo artista este proceso.

Lo personal, lo social, lo individual, lo colectivo... dualidades imprescindibles y notorias que están presentes en el proceso creativo. En el libro *Recuerdos, sueños, pensamientos* Jung (2002) comenta acerca de este tópico:

“[...] la soledad no surge necesariamente en oposición a la comunidad, puesto que nadie siente más la comunidad que el solitario, y la comunidad florece tan sólo allí donde cada individuo rememora su propia singularidad y no se identifica con los demás” (p.415).

Resulta interesante, por ende, cavilar acerca de los procesos conscientes e inconscientes, lo más racional y lo más primitivo; y reflexionar sobre qué se requiere para que la obra sea plasmada, donde necesariamente el individuo debe ponerse al servicio de aquella fuerza del inconsciente que pareciera que incluso llega a poseerlo, tratando de hacer conexión con la conciencia.

la Psicología Analítica propuesta por Carl Jung, psicología de los procesos inconscientes, proporciona un marco excepcional para estudiar el arte debido a su interés en la función simbólica. En este sentido, las producciones creativas artísticas funcionan como vehículo para comprender la dinámica profunda de la psique humana.

Por lo tanto, este enfoque no intenta definir lo que es el arte en su faceta estética, ni estudiar las obras más reconocidas, no es una ciencia del arte. A pesar de que ambas disciplinas —la psicología y la ciencia del arte— se encuentren en profunda conexión, sus características intrínsecas y las metas a perseguir toman caminos diferentes. De lo que se trata, en cambio, es de un análisis de la expresividad artística desde el punto de vista arquetípico. En tal marco, resulta interesante cavilar acerca de la íntima relación entre el individuo y las experiencias básicas de la realidad de lo vital y de su relación con la existencia universal.

Es posible llevar a cabo dicho análisis ya que expresarse de manera artística implica, desde un principio, una actividad psicológica, humana, en su más sentido obrar. Al remitirnos a una expresión artística necesariamente hacemos referencia a la historia, historia que no sólo es propia, sino además es familiar, es del mundo. Es del tiempo mismo.

Situándonos en esta novedosa perspectiva, es de gran importancia recalcar que la obra de arte se presenta como una imagen interna portadora de símbolo, que al mismo tiempo se encuentra apoyada sobre el arquetipo. De esta manera, hacemos referencia imperiosamente a la presencia del inconsciente, tanto en su dimensión individual como colectiva. Como siempre se ha sospechado, el arte proviene del alma del ser humano, y es ese alma que contempla lo universal la que crea obras de arte en todo lugar y momento histórico.

Con respecto a la noción de psique, podemos decir que es la personalidad como un todo; siendo que en sus orígenes, la palabra psique corresponde a *alma* o *espíritu*. En efecto, Jung (1982b) sugiere que cuando lo creativo predomina en el individuo, es porque también predomina lo inconsciente como “[...] fuerza conformadora de vida y destino frente a la voluntad consciente, y la consciencia es arrastrada por la violencia de una corriente subterránea, espectador a menudo sin recursos de los acontecimientos” (pág. 23).

A propósito de ello es necesario hacer una distinción acerca de lo que llamamos inconsciente personal, a saber, que éste abarca los contenidos psíquicos que han sido reprimidos por la consciencia, y también aquellas vivencias tendenciales e impulsivas que no han penetrado en lo consciente. Es a través de los complejos, los símbolos y los síntomas como el inconsciente personal se hace conocer.

Asimismo, hemos hecho referencia a la otra dimensión del inconsciente, su instancia más profunda y la de mayor magnitud, que es el punto de contacto entre el individuo y las fuerzas supraindividuales: el inconsciente colectivo. Los contenidos que brotan del mismo son los arquetipos —formas o imágenes que tienen una naturaleza colectiva y se dan universalmente como productos autóctonos. Son los patrones fundamentales mediante los cuales surge el símbolo, que se reproducen a través de los contenidos de la mitología de todos los pueblos. En síntesis, son imágenes primordiales, expresadas desde los tiempos más prehistóricos de la humanidad entera.

Al centrarnos únicamente en aspectos individuales cometemos el error de reducir la expresividad artística, cuando la experiencia que ésta conlleva es mucho más potenciadora y global. De hecho, no ha faltado oportunidad donde Jung (1982b) afirmara que el arte predominantemente personal merece ser tratado como neurosis. De la misma manera implica un gran reduccionismo observar sólo las implicancias culturales y sociales, ya que tampoco dan cuenta de la trascendencia de la vivencia personal.

En otras palabras, sostenemos la importancia de que ambos aspectos se entrelacen, conversen entre sí, para abordar a una comprensión más acertada del fenómeno creativo. Resulta oportuno tomar una cita de Jung, que señala:

La causalidad personal tendrá tanto que ver con la obra de arte, como la tierra con la planta que crece en ella. Es evidente que podemos comprender ciertas peculiaridades de la planta si conocemos la composición de su lugar de origen. (...) Pero nadie querrá afirmar que con ello se agote la esencia de la planta (Jung, 1999, pág. 63).

En efecto, la obra de arte se nos presenta como un producto suprapersonal, es decir, es fruto de un proceso creativo vivo que descansa en sí mismo, cuyo carácter esencial está inherentemente en relación con la obra misma. Trayendo a colación una cita de Jung (1999), afirmamos que “la obra de arte no es sólo herencia y transmisión, sino que es una recreación precisamente de esas circunstancias de las que la psicología causalista pretendía derivarla” (p. 64 – tomo 15, cap. 6). Por lo tanto, la propuesta que se examina en este ensayo es la asociación correspondiente entre la obra de arte en sí misma y el proceso que acarrea como condición.

Para ello nos servimos de la idea de que la psique es intrínsecamente creadora, arrastra una inmensa potencialidad de sus profundas fuerzas inconscientes. Si el individuo actual se encuentra atrapado es porque se ha apartado primeramente de la esfera íntima de su ser, pues está en su esencia misma el integrarse y construir una unidad a partir de los segmentos desarticulados de su personalidad. Hay elementos que no han podido acceder a la conciencia, es decir, han quedado confinados en el terreno de lo inconsciente. El encuentro del hombre consigo mismo se conseguirá a partir de que esos elementos arriben a la conciencia y pueda otorgarles su correspondiente sentido.

Asimismo, la psique abarca todo pensamiento, sentimiento, conducta, sea consciente o inconsciente. Reforzamos la idea de Carl Jung (1982) de sostener que un individuo es un todo desde el comienzo mismo, y no simplemente pedazos fragmentados que se van adquiriendo sólo con la experiencia. En sus fundamentos, es decir, ya de entrada, el ser humano contiene en sí un factor ordenador: el alma es un lugar de cruce, una intersección; por una parte, choca lo devenido, sometido como tal a un punto de vista causal, y por la otra parte, choca aquello que se halla en constante devenir, que sólo puede ser concebido constructivamente.

Acerca de los contenidos psíquicos, por cierto, es importante tomar en cuenta que alguno de éstos posee la naturaleza esencial de dar al hombre un acercamiento, un punto de contacto, con el mundo establecido como *cosmos*. Estos contenidos son los que hemos denominado símbolos, aquellos que se encuentran más arraigados en lo inconsciente. Los mismos configuran una expresión de estos principios que se operan en el cosmos, que además los encontramos como medio de expresión de nuestra realidad psíquica.

Sin embargo, para acercarnos a la conceptualización del símbolo primero debemos aludir a los complejos. Son partes que se han separado de la personalidad psíquica, desgajados de la conciencia funcionan de manera autónoma y arbitraria, es decir, llevan una existencia aparte en lo inconsciente. Al complejo podemos denominarlo como un punto neurálgico, un centro de alteración funcional que, motivado por eventos externos o internos, se torna insidioso y puede irrumpir en el equilibrio psíquico en su totalidad y someter al individuo íntegramente a sus fuerzas.

Como ya se ha mencionado, el símbolo constituye una pieza muy valiosa para comprender los fenómenos artísticos. Es justamente en las obras de arte como los reconocemos, ya que se presentan como expresiones del inconsciente que intentan manifestarse en la conciencia. Pero las imágenes simbólicas no son únicamente imágenes como tal, sino que además se revelan a través de sueños, mitos, literatura y toda forma de expresión que vaya más allá de lo inmediatamente comprensible.

A nuestro juicio, los símbolos son las representaciones más claras para establecer

una conexión, un puente, entre el mundo consciente y el mundo inconsciente. Su carácter

8

transformador le permite al individuo una nueva posibilidad de mayor comprensión, lo cual culmina en una expansión del autoconocimiento. Los símbolos pueden variar de acuerdo al contexto social y temporal en el que estén sumergidos, no obstante todos comparten una base arquetípica común que resuena en la psique de todos los individuos.

A partir de este acercamiento, podemos nombrar lo que son los arquetipos ya que éstos se revelan en los símbolos; la manifestación arquetípica en el individuo constituye la relación entre el sí mismo y el mundo que está más allá de la naturaleza psíquica del hombre. La psique, como tal, no sólo contiene los deseos y temores ocultos en las aguas profundas del inconsciente, sino que además incluye la experiencia entera de la humanidad, a través de las estructuras arquetípicas: la psique ya está organizada de antemano por la memoria colectiva.

El poder de la psique, por lo tanto, nos indica cómo la creatividad otorga al individuo una fuerza renovadora y un poder transformador, permitiéndole acceder a los más profundos contenidos del inconsciente. Lo fundamental, entonces, es la *forma* de la expresión artística, ya que el arquetipo es simplemente una potencia a la espera de ser llenado. Así, se da lugar a lo simbólico desde un doble punto de vista, por un lado porque la experiencia artística contribuye al propio proceso de individuación del artista, y por el otro, porque ese artista reúne las características de lo que denominamos como hombre colectivo, un portador y conformador del alma inconscientemente activa de la humanidad (1989).

De este modo, podemos reflexionar acerca del origen de la relevancia social que posee la expresividad artística y la función que a ella le es otorgada: el arte siempre acompaña al espíritu de la época en la cual surge, pues hace surgir las imágenes primordiales que más le hace falta que florezcan.

En suma, el artista es un instrumento, una vía, que sólo brota como educador de su época. Sólo basta poner por caso a las vanguardias, al romanticismo, al naturalismo o por qué no también al helenismo. Todos estos movimientos y demás nos indican aquellos mensajes arquetípicos inconscientes que compensan o complementan al espíritu epocal.

Segundo apartado

Espejo de la humanidad: el simbolismo en la creación artística

Continuando con este lineamiento, en lo que respecta a la obra de arte –que no debe confundirse con el artista en su faceta personal– es innegable que la visión que se encuentra en ella es nada más ni nada menos que una auténtica vivencia primordial. Al igual que plantea Quiroga Mendez (2010), la obra en sí no es nada secundario, ni derivado, es decir, sintomático, sino que se expresa como un símbolo real, esto es, una expresión para una entidad desconocida. La visión que conlleva como condición la expresividad artística es realidad psíquica en su más profundo sentido. La vivencia primordial, entonces, carece de imágenes y palabras, pues es una manifestación de esa estructura particular e innata que surge como condición previa de la conciencia: el inconsciente colectivo.

Ahora bien, hallamos otro tipo de obras artísticas que ya no se imponen sin mediación al artista, en ellas entra en juego la voluntad del autor, por lo tanto son experiencias más conscientes. En otros términos, son obras que el artista decide llevar a cabo de manera optativa, midiendo escrupulosamente los movimientos y efectos que quiere conseguir. Al contrario de la obra simbólica, que al artista le resulta desconocida e impuesta, ésta es familiar, reconocible y Jung (1995) la describe como una producción intencionada, que está acompañada y dirigida por la conciencia, construida reflexivamente hasta adoptar la forma deseada. En algunos escritos se la ha definido como obra psicológica.

En definitiva, las obras de arte que constituyen nuestro punto de interés son las primeras que se han ejemplificado y desarrollado en el cuerpo de este escrito. Son aquellas que llevan consigo un proceso creativo vivo, al cual el artista es llevado de manera drástica, incluso sin que él mismo pueda notarlo. Esto es así porque el producto

creativo toma vida propia, y más allá de que todos los elementos aplicados le competen al artista, el resultado final será de una trascendencia mayor. Resulta importante, de todas formas, aclarar que un complejo autónomo no constituye en sí mismo nada patológico, sólo su aparición continuada y perturbadora puede manifestar sufrimiento y enfermedad.

Por ello, sostenemos que la fuerza liberada mediante las obras impuestas al artista son de un tipo poderoso, y suponen una conexión intensa con el arquetipo, que supera ampliamente la vertiente personal.

Qué importante resulta, entonces, poder entablar una comunicación asertiva con el inconsciente. No es menor tener en cuenta que el individuo está en constante diálogo con ese estrato: el inconsciente posee una inteligencia autónoma, que pone recursos y sabiduría a nuestro servicio. De este modo, aparece como requisito fundamental la disponibilidad de uno mismo para escuchar atentamente lo que el inconsciente tiene para decir, a pesar de no ser conscientes de esa comunicación. La expresión artística, en efecto, se presenta como un acto inteligente de ese inconsciente vivo, autónomo, sagaz; que emplaza al individuo artista como un mensaje para los contemporáneos.

Por consiguiente, consolidamos la idea de que la experiencia de trascendencia de la vida nos llama a sumergirnos en lo que Jung (1982b) denomina participación mística que "...es el secreto de la creación del arte y de su efecto, pues sobre este grado del vivenciar no vivencia ya el individuo sino el pueblo [...] Así, la gran obra de arte es objetiva e impersonal, y sin embargo nos toca en lo más profundo" (p. 24). Es la transformación y renovación mediante el movimiento lo que interesa observar.

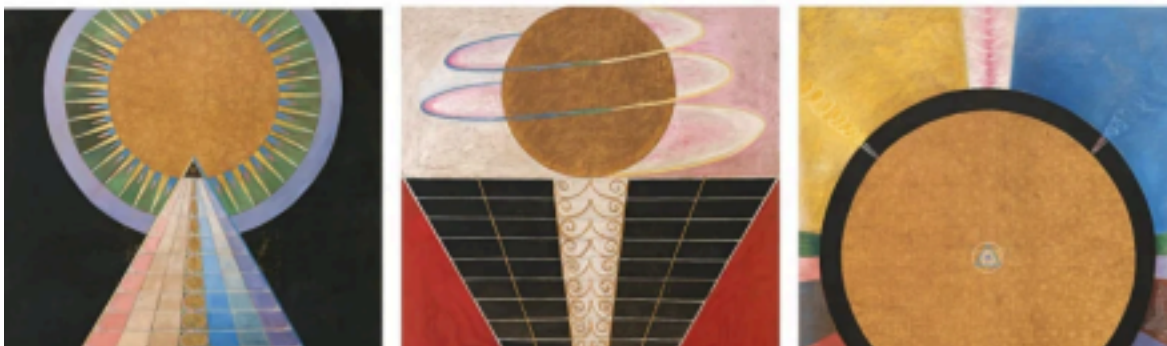
Necesariamente, si hablamos de movimiento, hacemos referencia al proceso creador, en tanto éste consiste en una vivificación inconsciente del arquetipo, y en un desarrollo y conformación del mismo hasta su plasmación en la obra acabada (1999). En cierto modo, la configuración de la imagen primordial es una traducción al lenguaje del presente. Y de acuerdo con ello, designamos al proceso creativo vivo como un complejo autónomo ya que toma un anhelo de vida propia.

10

Así, el artista que se unifique a su proceso creador es aquel que logra alinearse con su voluntad expresiva. No obstante, el individuo artista al cual lo creativo se le enfrenta como un poder casi ajeno a él, es alguien que por algún motivo no puede identificar el proceso y al que le toma por sorpresa su necesidad de exteriorización artística, ejerciendo un dominio al cual no puede oponerse.

En consonancia con ello, resulta valioso traer a colación a dos artistas y sus obras para ejemplificar el valor simbólico que en ellas reconocemos y el proceso creativo vivo. En principio, consideramos a la artista sueca Hilma af Klimt (1862-1944) con su trabajo acerca de los mandalas, más de mil cuadros realizados con impronta abstracta –la verdadera pionera del arte abstracto fue una mujer.

El mismo Jung llevó adelante un estudio exhaustivo y la recopilación de dibujos trazados por sus pacientes para visualizar más concretamente el símbolo del mandala, el cual expresa psicológicamente la totalidad del sí-mismo. Estas imágenes circulares donde se puede observar un mandala son, en efecto, creaciones genuinas del inconsciente, las



cuales constituyen generalmente una vista *exterior* del sí mismo por ser figuras simétricas con corte transversal (1982a).

Altarbild Nr.1 (1915) - Altarbild Nr.2 (1915) - Altarbild Nr.3 (1915)

En segundo lugar, tomamos el texto “Arte y Psicoanálisis” de Juan David Nasio (2015) donde haciendo referencia a una serie de obras seleccionadas del pintor francés-suizo Félix E. Vallotton (1865-1925), sostiene:

Es allí donde, en el momento en que se sumerge en sí mismo, brota una irreprimible impulsión creadora que, en un sólo movimiento, arrastra todo en su paso; cabeza, corazón, ojo y mano, para desembocar en el nacimiento de una figura sobre tela (pág. 69).

En la siguiente serie de pinturas al óleo de árboles podemos tener en cuenta el símbolo del árbol –o también conocido como la planta milagrosa–, imagen que aparece con frecuencia entre las creaciones arquetípicas de lo inconsciente. Por su parte, Jung sostiene en reiterados escritos que el árbol aparece como una vista *interior* del sí mismo representado como un proceso de crecimiento, y realiza profundas investigaciones sobre la relación de este símbolo en particular con el árbol filosófico de la alquimia y sus conexiones históricas:



Last sunrays (1911) - View on honfleur (1910) - Le vent (1910)

En concordancia con la ejemplificación propuesta, las características de las diferentes expresiones artísticas nos facilitarán rastrear conclusiones acerca del carácter epocal en que se encuentran insertas. En consecuencia, estos autores se transforman en una vía para que la colectividad tome responsabilidad de su inconsciente. El inconsciente colectivo proporciona a la vida de los pueblos una experiencia que trasciende lo personal; los elementos perdidos surgen como símbolos para impregnarse en la atmósfera espiritual de ese tiempo. Las experiencias artísticas, según sean correcta o incorrectamente comprendidas, tienen efectos muy diversos sobre su evolución ulterior. No depende únicamente de que el artista logre rescatar de lo inconsciente esa imagen arquetípica, sino también de que la masa pueda resolverla colectivamente.

En este sentido, afirmamos que la psique es generadora de fenómenos que se expresan a través de imágenes. Cuando hablamos de imágenes no sólo aludimos a las visuales, de hecho, las imágenes cobran todo tipo de sentido; una obra de arte no solamente es una pintura, es también un baile, un poema, una canción. De aquí desglosamos el método que propone Jung, llamado imaginación activa, el cual nos sirve para dialogar –en un debido análisis– con esa imagen portadora de símbolo. Esta técnica desarrollada tiene como objetivo asimilar contenidos del inconsciente a través de alguna forma de autoexpresión (2022).

En pocas palabras, cuando el individuo está entrenado en este proceso, puede darse en forma espontánea, emergiendo involuntariamente imágenes y sentimientos desde un plano más profundo, o bien inducida por uno mismo o por un terapeuta. La autoexpresión del inconsciente se ve enriquecida si puede ser interpretada en sus significados, pero otras veces la experiencia en sí es tan potente que alcanza para producir una transformación en quien la experimenta.

Daryl Sharp (1994) plantea que el objetivo de este mecanismo es dar voz a aspectos de la personalidad que generalmente no son escuchados, para establecer así

una línea de comunicación entre la conciencia y el inconsciente. Por lo tanto, el propósito es integrar las afirmaciones del inconsciente, asimilar su contenido compensatorio y, así, producir un significado total que por sí mismo hace que todo cobre sentido.

Así, cabe señalar que la posibilidad primigenia que convoca el arquetipo se vuelve realidad únicamente cuando se encuentra en relación con la conciencia. Es decir, es esta última quien vehiculiza la posibilidad de que ese arquetipo se convierta en símbolo, y por tanto en arte. El producto final, de este modo, responde a la naturaleza del inconsciente colectivo: es cierto que de ese origen proviene su esencia, aunque también de las relaciones de este con la conciencia, que le brinda en última instancia una representación.

Tercer apartadoEl viaje interior: forjando el ser individual y colectivo

“Mis obras pueden considerarse como etapas de mi vida, son expresión de mi desarrollo interior, puesto que el ocuparse de los temas del inconsciente forma al hombre y provoca sus cambios. Mi vida es mi quehacer, mi trabajo espiritual. Una cosa no puede separarse de la otra”.

Carl G. Jung, p. 263, 2002.

En última instancia, ahondaremos en un proceso psíquico imperceptible, y que sin embargo nos acompaña a lo largo de toda la vida: el proceso de individuación. El interrogante que nos acompañará es cómo observamos este proceso en el individuo artista.

En el apartado anterior, hemos tomado el ejemplo de Vallotton en relación al símbolo del árbol, el cual se ajusta a la perfección para dar cuenta de lo que significa este proceso. Al igual que el desarrollo psíquico, el árbol no extiende sus ramas ampliamente y da frutos de la noche a la mañana; sino que se produce de forma natural e involuntaria. No olvidemos que nosotros también somos naturaleza y, al igual que en ella, nuestra transformación y evolución es un proceso lento.

Desde nuestro punto de vista, la psique está conformada de antemano por la herencia filogenética, lo cual nos indica que cada individuo arriba al mundo con la herencia espiritual del desarrollo de la humanidad. Y es, justamente, la psique misma la que nos lleva hacia la integración de los aspectos conscientes e inconscientes. En este sentido, la realización de la unicidad se presenta como meta del proceso de individuación. Así, el objetivo de la plasmación artística es el fortalecimiento del yo para capturar esos elementos propios del individuo, integrarlos, y alcanzar, en consecuencia, su maduración.

Ahora bien, Jung sostiene que este proceso tiene verdaderos resultados únicamente cuando el individuo se encuentra en profunda conexión con su desarrollo, cuando puede cooperar de forma auténtica y activa con ese proceso interno, aunque no sea consciente. No siempre resulta cómodo atravesar las vicisitudes de la vida, sin embargo, lo fundamental es entregarse a ese impulso inconsciente que proviene del interior. Alinearse con lo que uno *Es*, es el movimiento de transformación continuo que se persigue.

El proceso de individuación busca la expresión de la singularidad, sin olvidar que estamos insertos en una aventura epocal. Necesariamente es un proceso interminable, en el sentido en que acompaña al individuo a lo largo de toda la vida, y es también un proceso de transformación ya que busca liberar al hombre de la captura del inconsciente (1982).

Dado que el ser humano está colmado de una significativa dualidad, es simultáneamente un ser individual y un ser colectivo. El hombre como artista ve dilatada esa dualidad por su proceso creador, en el sentido de que más allá de sus características personales, su vida se conforma como un proceso impersonal. Así pues, el artista es al mismo tiempo un individuo con su propia personalidad, deseos y objetivos, y un hombre colectivo, que ocupa la función de ser portador y transformador del alma inconsciente de la época (2010).

Por lo tanto, en este proceso que es la vida, el artista no sólo transita caminos para recuperar las tendencias perdidas de su época, sino que, además y al mismo tiempo, se conforma también como individuo. Al respecto, Jung sostiene que al ser humano artista, en ciertos momentos, le resulta desarticulada esa doble vertiente:

La relativa inadaptación del artista es su verdadera ventaja, le permite permanecer alejado de la corriente general, ceder a su propio anhelo y encontrar lo que a otros, sin saberlo, les falta. Y, así como en los individuos aislados la unilateralidad de su actitud consciente se corrige por medio de reacciones inconscientes en la vía de la

A fuerza de ser ese el complejo oficio del artista, su vida se presenta como una carga pesada que le exige un sacrificio en su vida, por ello es posible observar en

famosos artistas —como por ejemplo Van Gogh, Edvard Munch o Frida Khalo— un proceso de individuación lleno de conflictos. No es una simple casualidad que el destino personal de ciertos artistas sea trágico, sino que se debe a la insuficiente capacidad de adaptación o a un mundo que frecuentemente no asimila ni valora su visión.

Con respecto a ello, Sharp (1994) anuncia que el arte emerge como un proceso de autorregulación espiritual en la vida de las naciones y las épocas. En este contexto, el artista no es únicamente un creador, sino un observador crítico de su tiempo, un catalizador que refleja y cuestiona las realidades sociales, aun de forma inconsciente. Esta dualidad entre la necesidad de adaptarse y la búsqueda de autenticidad crea una tensión fundamental en su persona. Aunque la expresión artística puede proporcionar un sentido de propósito y conexión, el camino hacia la expresión genuina a menudo es solitario y lleno de sacrificios.

En efecto, el impulso que los arrastra hacia la expresividad artística es de tal magnitud, que ignorarlo conlleva una fuerza extraordinaria. Es por ello que el impulso creador resulta tan poderoso, pues toda la faceta individual se pone al servicio de ese acto colectivo que implica el proceso creador. Incluso muchas veces, recalamos, estas situaciones producen malestar o angustia, pero la obra de arte es resuelta a expensas de ello. Por esta razón, anteriormente se puso a disposición el ejemplo del árbol, ya que aquello creado reside en el ser humano como el árbol reside en su tierra, tierra que no siempre es fértil. Jung sostiene: “En tanto el árbol simboliza el *opus* y el proceso de transformación [...], resulta también claro que representa el proceso vital en general” (p. 201, 1982a).

Asimismo, el transcurso de este proceso nunca es lineal, no se nos presenta de forma inmutable y estática; por el contrario, es un proceso circular, con altibajos. El inconsciente es sabio, y por ende posee la capacidad de discernir cuándo es oportuno recibir cierta información, es decir, mandar información a la consciencia. Ampliar la consciencia es un proceso, y las regresiones no necesariamente implican retroceder, sino que, en ciertas ocasiones, se presentan como una progresión. Este espiral de movimientos tiene como objetivo la gradual iluminación y potencialización de las capacidades humanas. Incluso lo que uno no reconoce como propio en algún momento florece, sale a la luz.

En el proceso de individuación —el proceso de convertirse en lo que realmente se es— la tarea heroica es asimilar contenidos inconscientes antes que ser abatidos por ellos. El resultado potencial es la liberación de energía que ha sido restringida por esos complejos de carácter inconsciente. Por lo tanto, la evolución de la humanidad se da a partir de la evolución de cada una de sus partes: lo colectivo desplegándose a partir de seres que luchan por diferenciarse de la masa, facilitando la comprensión de lo que uno es como individuo.

Recapitulando, podemos analizar que a través de su obra, el artista invita a la sociedad a reflexionar sobre sus propias tensiones y carencias, creando un espacio para la sanación y el entendimiento colectivo. Es decir, la expresividad artística no sólo sirve como un reflejo de la psique del individuo, sino que también se erige como un medio poderoso de transformación cultural, invitando a las sociedades a confrontar sus propios dilemas y, quizás, a encontrar un camino hacia la sanación y el crecimiento.

Sendero al inconsciente: la transformación mediante el proceso creativo

En definitiva, la Psicología Analítica de los procesos conscientes e inconscientes ofrece un enfoque creativo y armónico de la psique. En sus postulados, Carl Jung presenta un estudio exhaustivo sobre los procesos psíquicos, formulaciones novedosas que conforman uno de los aportes más influyentes del siglo XX.

A nuestro juicio, toda su teorización acerca del proceso creador ha abierto caminos a explorar, dejando huellas irrevocables en el modo de pensar al individuo. Por esta razón, ratificamos la idea de que la obra de arte posee un sentido colectivo intrínseco, más allá de lo meramente personal. Se sitúa con toda la fuerza del arquetipo, emergiendo como una manifestación del inconsciente, e incluso sacrificando con frecuencia al artista que debe volcarla en formas comprensibles, diluyendo el pensamiento unilateral epocal.

Es ese el efecto que se quiere alcanzar: producir un impacto. De algún modo, cualquier relación que se establezca con el arquetipo inevitablemente desprenderá una energía de carácter vigoroso (1994), ya que las imágenes primordiales contienen una fuerza latente que se libera en el momento en que se establece un diálogo con ellas. Este proceso de conexión con lo arquetípico no sólo conmueve al artista, sino que también al observador de su obra, que activa un poder simbólico que trasciende lo personal, influyendo en su inconsciente.

Frente a este horizonte, resaltamos la importancia de la interacción entre los aspectos conscientes e inconscientes del individuo, porque a partir de allí se dará lugar a un espacio donde las tensiones psíquicas colectivas e individuales encuentren un cauce, posibilitando la integración de la psique.

Y, necesariamente, es en este proceso de autorregulación donde se arraiga el valor del símbolo. Este último nos advierte la presencia de algo que va más allá del sentido consciente, por eso Jung (1995) asevera que el símbolo se presenta decididamente como un reproche a la capacidad humana de entendimiento y empatía.

Por su parte, al igual que afirmamos anteriormente en el cuerpo de este escrito, el proceso de individuación nos ayuda también a entender los puntos de convergencia y diferenciación que se tienen con los demás, los obstáculos y los logros obtenidos en determinado momento. De hecho, la obra entera de Carl Jung es un ejemplo de ello: no sólo está fundamentada desde el trabajo y la observación de sus pacientes, sino, esencialmente, en sus propias experiencias personales. Esto nos da la pauta de que es importante darle crédito al inconsciente, pues es él quien nos habla de forma constante; estar abiertos a su capacidad de respuesta nos brinda herramientas útiles para transitar nuestro recorrido vital de una manera más amable.

Consideramos relevante coronar este escrito con las maravillosas palabras de Carl Jung –un hombre que no encajaba del todo en su época–, quien reflexiona:

“La vida se me ha aparecido siempre como una planta que vive de su rizoma. Su vida propia no es perceptible, se esconde en el rizoma. Lo que es visible sobre la tierra dura sólo un verano. Luego se marchita. Es un fenómeno efímero. Si se medita el infinito devenir y perecer de la vida y de las culturas se recibe la impresión de la nada absoluta; pero yo no he perdido nunca el sentimiento de algo que vive y permanece bajo el eterno cambio. Lo que se ve es la flor, y ésta perece. El rizoma permanece” (p. 18, 2002).

Referencias bibliográficas

- Jung, C. G. (1982a). *Psicología y simbólica del arquetipo*. Madrid: Paidós.
- Jung, C. G. (1982b). *Formaciones del inconsciente*. Barcelona: Paidós.
- Jung, C. G. (1994). *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Madrid: Paidós.
- Jung, C. G. (1995). *El hombre y sus símbolos*. Barcelona: Paidós.
- Jung, C. G. (1999). *Sobre el fenómeno del espíritu en el arte y la ciencia*. Madrid: Trotta.
- Jung, C. G. (2002). *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Buenos Aires: Planeta.
- Kandinsky, W. (1989). *De lo espiritual en el arte*. Puebla: Premia Editora.
- Milatich, G. (2022). *Arte y símbolo para C. G. Jung: Arteterapia, arteterapia junguiana e imaginación activa*. Buenos Aires: Dunken.
- Nasio, J. D. (2015). *Arte y psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Quiroga Mendez, P. (2010). *Arte y Psicología Analítica, una interpretación arquetipal del arte*. Facultad de Psicología. Universidad de Salamanca.
- Sharp, D. (1994). *Lexicon Junguiano*. Chile: Cuatro Vientos.

